

LA MUERTE DE ALBERTO CAMUS Y SU ESPERANZA NECESARIA

ALBERT CAMUS

POR L. D'ANDRAITX

Alberto Camus ha muerto. Con él desaparece un máximo exponente, guía de una juventud de postguerra, que halló primero en sus libros el impresionante vacío de la vida absurda en su trascendencia — «el absurdo es el pecado sin Dios» había dicho en una ocasión — y más tarde un sentido esencial y necesario de esperanza.

Camus representa en la literatura de postguerra, en esta magnífica literatura que produjo Francia, un hito intensamente divulgado, una significación dramática del sentido de la vida, y una fiera pirueta ante la muerte, cuando ya se ha dado todo.

El premio que le otorgara en 1957 la Academia Sueca, fué un significado tributo de la misma a esta juventud desarraigada, lanzada a gozar del viento y del sol de una forma intensa y de la que Camus fué el portavoz nato. En su obra «Bodas» aparecido en 1939 decía: «Hay un tiempo para vivir y un tiempo para testimoniar la vida. Hay también un tiempo para crear lo que es menos natural. Me basta vivir con todo mi cuerpo y testimoniar con todo mi corazón. Vivir en Tipasa, testimoniar, y la obra de arte vendrá luego. Hay en esto una libertad.»

Desde la publicación en Argel de su primera obra «Bodas», el intenso caminar espiritual de Camus no ha sido detenido por nada ni por nadie. Siempre ha perseguido esta esperanza necesaria, ya que precisamente el absurdo labraba una profunda laguna entre todos los hombres de su generación, que buscaban incansablemente su habitación espiritual en este campo intenso de posibilidades frustradas en que se había convertido la relación del hombre con su desnuda intimi-

Al leer en la prensa la noticia del fallecimiento del gran escritor francés, Premio Nobel 1.957, pensé que tenía con él contraída una deuda. Camus, que mereció del gran ensayista belga Charles Moeller, doctor en Teología por la Universidad de Lovaina, el calificativo de «la honradez desesperada», bien se merece también mi honradez, deshaciendo el equívoco que pudo crecer en torno de mi única crítica publicada en ANCORA de su novela «La Chute».

El ejercicio de la crítica es siempre un riesgo, y más aun mi peculiar manera de ejercerla, más atenta al posible mensaje del autor que a las características o virtudes literarias de la obra «La chute» me desconcertó, y mi juicio no fue muy favorable.

Han transcurrido ya casi tres años de la publicación de la mencionada crítica. Por aquel entonces no había leído ninguna otra obra de Camus. Y aunque hoy, siga pareciéndome «La Chute» una especie de extravío, mi estudio de la producción camusiana me ha reconciliado con el autor.

Albert Camus es el escritor representativo de su generación, de esa generación que, con estupor y horrorizada, vio crecer los osarios de toda Europa con las víctimas de unas más o menos pomposas ideológicas, y que no supo admitir, para salir de su estupor y horrorizada, vio crecer los osarios de toda Europa con las víctimas de unas más o menos pomposas ideológicas, y que no supo admitir, para salir de su estupor y horror, ninguna solución trascendente, miedosa de un nuevo engaño, temerosa de suicidarse espiritualmente, con el opio de un consuelo o de una esperanza. Camus rechaza formalmente toda ideología, y para él esperanza es sinónimo de resignación, y como a tal la rechaza. Cristianamente, Camus comete un error rechazando la esperanza, pero si para él la esperanza es sólo resignación, se comprende bien que no la acepte. Porque resignación es pasivismo.

En las primicias de su producción: «Noces a Tipasa» (1.936), «Le minotaure», «Le vent à Djémila», «L'été à Alger», «Le desert», Camus es un cantor de la luz y el sol mediterráneos, de la dicha sensible. Abandona su racionalismo sensualista y empieza a filosofar

En esta búsqueda entrevemos ya esta esperanza que mencionamos. En este desespero casi irracional, al hombre ya no le queda más que esperar, esperar en algo, o simplemente esperar la esperanza que es la más dramática significación, de la empresa vital.

Alberto Camus, muerto a los cuarenta y siete años, ha dejado más que una obra literaria, un documento impresionante de verdades que afectan directamente al hombre de nuestro tiempo. Podría llamarse a su obra «la crónica del siglo

XX.» El problema capital de nuestro tiempo, la transfiguración del hombre en un valor responsable por sí mismo y en sí mismo, ha hallado pleno eco en el documento Camus.

Este accidente que ha costado la vida a Camus rubrica su agitada aventura espiritual, y nos da, conclusivo, un sentido de los hombres de nuestro tiempo. Hoy no existen héroes, ni mitos que se encarnen en hombres. Hoy no se corre una aventura en forma gratuita ni se crea una mitología para unos creyentes de

sobre lo absurdo de la vida en su gran drama «Calígula», en el que simbolizó su propio y primer choque con el mal, con la enfermedad, sentida como una premonición de la muerte. Aparecida esta obra en 1.943, junto con el mito de Sísifo, «El extranjero» y «El malentendido», es no obstante «Calígula» la primera obra que escribió de este conjunto. Ciclo que le valió el calificativo de filósofo del absurdo. «No es que la vida sea absurda, —diría más tarde—, es simplemente desrazonable».

El ciclo empezado con «Calígula» le sirvió para acusar, para desenmascarar vicios y abusos; normas. Luego en «La Peste», quizás su mejor obra, se eleva; presenta el paradójico problema del mal y del sufrimiento en el Universo, y, en especial, el sufrimiento de los inocentes. Camus olvida su propio dolor y piensa en el sufrimiento de los demás, en el prójimo. Y piensa que nos inflingimos sufrimientos unos a otros casi, sin opción. Y también cómo ayudarnos, y cómo redimirnos de ese mal... Y esa idea de ayuda, de santidad sin Dios, casi de mártir, la concluye en «Les justes». Y en «L'homme révolté» (ensayo), por mediación de una encuesta metafísica, histórica y artística, analiza exhaustivamente tres de los más importantes personajes de «La Peste» y de «Les Justes», poniendo de relieve una fraternidad terrestre, que es preciso defender a toda costa y un respeto del hombre por el hombre. Condena sin atenuantes las ideologías, ya que, en nombre de un futuro ilusorio, descuartizan a la Humanidad.

Valiente, honrado y leal, Camus muestra la enfermedad y señala el remedio. Vigoroso de expresión, amplio de razonamiento y plenamente informado, Camus se eleva muy por encima de cualquiera de los escritores del siglo XX, con las tres obras de su cenit: «La Peste» «Les Justes» y «L'homme révolté». Conjunción admirable de valores literarios y de mensaje de fraternidad. Y... de esperanza. Porque, para mí, la palabra esperanza no significó jamás resignación. Y hay una hermosa esperanza aleteando en la obra de Camus y una firme fe. Fe en la Humanidad. «En el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio». Y en reconocimiento hay también amor.

circunstancias, hoy todo es mucho más árido e inhiesto, todo es mucho más sistemático y vertical, todo es más puro y de responsabilidad más primitiva. Hoy, el hombre después de una obra fecunda, acude a enfrentarse con la muerte, e inclinándose la cerviz, levanta sus brazos, que como férreas columnas, parecen arañar el cielo, sosteniendo la bóveda rabiosamente estrellada del firmamento físico, en una violenta confrontación con su firmamento espiritual.— Luis Bosch C.